

TRANSMISIÓN DE LA FE Y ANUNCIO DEL EVANGELIO

Mons. Guillermo José Garlatti

Contextualización

El Concilio Vaticano II en la Constitución “Dei verbum” afirma que la misión de la Iglesia es “exponer la doctrina genuina sobre la divina revelación y sobre su transmisión para que *“todo el mundo, oyendo, crea el anuncio de la salvación; creyendo, espere, y esperando, ame”* (n. 1).

Benedicto XVI en la Exhortación apostólica postsinodal “Verbum domini” señala: “El Espíritu Santo, protagonista de toda evangelización, nunca dejará de guiar a la Iglesia de Cristo en este cometido. Sin embargo, es importante que **toda modalidad de anuncio** tenga presente, ante todo, la intrínseca relación entre *comunicación de la Palabra de Dios y testimonio cristiano*” (n. 97).

Primera reunión del Clero - 2013

En esta primera reunión general del Clero me parece oportuno analizar con cierto detenimiento algunas cuestiones fundamentales relativas a la evangelización, a la predicación y a la transmisión de la fe por parte de la Iglesia en nuestros días y, especialmente, en nuestra Arquidiócesis. Tomaré como punto de referencia las muy importantes palabras del capítulo primero del Evangelio de Marcos en el que, después del encarcelamiento de Juan el Bautista, afirma: “*Jesús se dirigió a Galilea. Allí proclamaba el Evangelio de Dios*” (v. 14).

Procuraré desmenuzar estas dos palabras que en el texto griego son “*kerysson to euangélion*”, literalmente, “*kerygmatisando el evangelio*”.

En primer lugar habrá que determinar qué se entiende por kerygma y qué se entiende por evangelio. Después habrá que ver y preguntarse si en realidad hay tres formas del kerygma evangélico y cuáles son los interrogantes que nos plantea el kerigma. Y, finalmente, habrá que determinar con la mayor

precisión posible cuál es *mi evangelio*, es decir, el que yo personalmente vivo y anuncio.

Kerygma y Evangelio

Antes de entrar en este análisis es necesario poner en claro una cuestión preliminar. Es sabido que, en lo que respecta a la transmisión de la fe, las palabras "*kerygma*" y "*evangelio*" no tienen un significado bien definido. Es preciso entonces delimitar y definir bien ambos conceptos o, mejor dicho, ambas realidades para luego poder comprender los tres aspectos del kerygma a los que hice referencia más arriba.

Kerygma es la proclamación del heraldo que grita y que habla en voz muy alta (Cf. Trasfondo cultural helenístico). En el Nuevo Testamento el término es usado para designar la proclamación de Jesús o de los apóstoles, su predicación, sobre todo la primera predicación, pero no exclusivamente, la primera proclamación a los paganos. La palabra, que de por sí quiere decir "*proclamación pública*", se aplica, pues, a cualquier proclamación pública.

Evangelio, en cambio, significa "*buena noticia*", expresión característica neotestamentaria, esa buena noticia fundamental que es el núcleo de todo el acontecimiento salvífico cristiano.

De esto surge una pregunta importante: ¿Existe en el Nuevo Testamento *un núcleo del anuncio que de modo privilegiado pueda llamarse kerygma y se pueda llamar también evangelio*? Porque "*kerygma*" hace referencia al *modo* de proclamarlo, mientras que "*evangelio*" hace referencia al *contenido*, es decir, a la proclamación de una buena noticia y la buena noticia en sí misma.

Ciertamente en el Nuevo Testamento hay afirmaciones "*nucleares*". Hay pasajes en los que el kerygma o evangelio se propone de un modo más amplio, como sucede en los discursos de los Hechos de los Apóstoles. Pero hay otros pasajes en los que la propuesta es más breve, más sencilla, reduciéndose casi a una sola frase. Evidentemente, no es posible reducir el contenido de la fe cristiana a una sola frase; pero esa frase es una semilla, es como un protón, o neutrón generador de todo un desencadenarse de reacciones atómicas. El Nuevo Testamento sabe que es posible, incluso útil, exponer a veces de manera nerviosa, brevísima, concisa, la novedad cristiana.

Cuando San Pablo, por ejemplo en la carta a los Romanos, dice: "*Yo no me*

avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para la salvación de todos los que creen" (1, 16), presenta una síntesis: el evangelio es potencia de Dios para la salvación de todo creyente. Explicada, nos daría toda la predicación del Apóstol, o, por lo menos, una buena parte. Así también, en la carta a los Romanos, se afirma: "Porque si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor (Kyrios) y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvado" (10, 9). Aquí se trata de otra forma sintética: Jesús es Kyrios, es Señor; Dios lo resucitó de entre los muertos. Explicada en el ámbito del Nuevo Testamento, la fórmula resulta seminal, nodal, ganglio vital de donde parten las otras formas del kerygma, las distintas formas de predicación y de llamado a la conversión. Son apenas dos ejemplos, pero hay muchos otros con expresiones semejantes.

En conclusión, por kerygma o por evangelio, nosotros entendemos aquí el *núcleo constitutivo* de la predicación cristiana.

El Kerygma en la predicación de la Iglesia

¿Este núcleo es uno o es múltiple? De por sí, es claramente uno y no puede ser sino uno. Al respecto, tenemos la afirmación firmísima de Pablo en la carta a los Gálatas: *"Me sorprende que ustedes abandonen tan pronto al que los llamó por la gracia de Cristo, para seguir otro evangelio. No es que haya otro, sino que hay gente que los está perturbando y quiere alterar el Evangelio de Cristo. Pero si nosotros mismos o un ángel del cielo les anuncia otro evangelio distinto del que les hemos anunciado, ¡que sea expulsado! Ya se lo dijimos antes, y ahora les vuelvo a repetir: el que les predique un evangelio distinto del que ustedes han recibido, ¡que sea expulsado!" (1, 6-9). Hay un solo núcleo del evangelio, que es Cristo muerto y resucitado.*

Sin embargo, el Nuevo Testamento conoce una cierta multiplicidad de kerygmas y de evangelios. El hecho mismo de que los cuatro evangelios tienen ese extraño título: "*según*" ("*katá*") Lucas, ("*katá*") Marcos, etc., indica que el evangelio se expresaba de distintas maneras, y estas modalidades expresivas no correspondían solamente al deseo de variar las fórmulas verbales, sino que constituían la aplicación del único evangelio a diversos momentos, necesidades, etapas de la experiencia cristiana. El único evangelio, pues, se vuelve múltiple.

Incluso las condiciones o las situaciones históricas del auditorio podían exigir un cierto tipo de evangelio, el que Pablo llama "*su evangelio*": "*Acuérdate de*

Jesucristo, que resucitó de entre los muertos y es descendiente de David, según mi evangelio" (*katá to evagélion mou* (2 Tm 2, 8). Es claro que se trata del evangelio de Jesucristo resucitado de entre los muertos; pero si Pablo lo llama "suyo", quiere decir que en esto hay algo de específico, como se ve mejor, por ejemplo, en la carta a los Efesios: "Por eso yo, Pablo, estoy preso por Cristo Jesús, a causa de ustedes, los de origen pagano. Porque seguramente habrán oído hablar de la gracia de Dios, que me ha sido dispensada en beneficio de ustedes. Fue por medio de una revelación como se me dio a conocer este misterio, tal como acabo de exponérselo en pocas palabras. Al leerlas, se darán cuenta de la comprensión que tengo del misterio (evangelio) de Cristo" (3, 1-4). El Apóstol reivindica aquí su modo de intuir el momento histórico-salvífico, que para él es el anuncio directo a los paganos. Se trata de la unidad de los dos pueblos -hebreos y paganos- en uno solo. El evangelio se convierte, pues, para él en el modo de anunciar la misericordia de Dios en Cristo que se dirige directamente también a los paganos llamados a participar en el único pueblo de Dios. Este, puede decirse, es el "evangelio de Pablo". Es el único evangelio, vivido en la situación histórico-salvífica que es su propia experiencia, la experiencia de aquellos a los cuales predica, la experiencia que se fundamenta en el discernimiento espiritual y pastoral que proviene del Espíritu, y que lleva al Apóstol a expresar este kerigma como propio.

De lo dicho se infiere que el kerygma es uno solo, pero que se expresa en una cierta multiplicidad de kerygmas y de evangelios según los diferentes condicionamientos histórico-salvíficos.

A modo de síntesis esquemática, es posible determinar la existencia de por lo menos tres formas fundamentales del kerigma, aunque evidentemente puede haber muchas otras intermedias.

1. Ante todo, está la forma "*primaria del evangelio*", difícil de expresar con una fórmula catequética precisa. Se podría decir más o menos lo siguiente: "*Dios me ofrece gratuitamente, a mí pecador, la salvación en Cristo*". Dios me salva, en Cristo, a mí pecador. En síntesis, es el primer escalón, es decir, el escalón fundamental del evangelio elemental, pero que ya tiene todo lo esencial. Entonces no basta decir que Dios es bueno, que Jesucristo resucitó, si no se entiende con esto que la bondad de Dios, en Cristo muerto y resucitado, "*me ofrece, a mí pecador, la salvación y suscita en mí la fe*".

El evangelio tiene también la percepción de mi pecado, de mi incapacidad

para salvarme, de mi necesidad de salvación Y así Dios viene a mi encuentro gratuita y misericordiosamente en la muerte y resurrección de Jesús. A la “*didaché*” y a la “*parénesis*”, es decir al desarrollo orgánico del contenido nuclear del evangelio, le corresponderá después explicar todo esto. Pero el kerygma es tan sólo este anuncio: “*En el Crucificado está tu salvación*”. Por ejemplo, a él apela el publicano en el templo cuando, aunque ignorando el aspecto cristológico, dice: “*¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy pecador!*” (Lc 18, 13). Supone el conocimiento de Dios, de su misericordia gratuita, de la necesidad de salvación que tiene el hombre. Si tomamos plenamente conciencia de que el acto misericordioso de Dios, expresado en el amor de Cristo, vuelve a sanar al hombre, ya tenemos la fórmula primaria del kerygma, a la que se reconducen todas las otras expresiones de la predicación y de la catequesis.

Una predicación y una catequesis que no reflejen esta verdad nuclear suenan vacías y falsas.

Otro modo existencial y expresivo de este “*mi evangelio*”, muy conocido en la práctica monástica oriental, es la invocación que está en la base de la “*oración de Jesús*”: *Jesú Christé, Theou, uié, eléison eme amartolón - Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de mí pecador*. Es una síntesis del kerygma y se supone se expresa delante de Cristo crucificado y resucitado. La “*oración de Jesús*” es alimento de la vida espiritual precisamente porque expresa el kerygma.

Puede haber otras formulaciones distintas. Esta primera forma elemental del kerygma se encuentra también, concretamente, en la fórmula del “*Pésame Dios mío*”, y la vive sólo quien se acerca al sacramento de la penitencia: Dios misericordioso me acoge a mí, pecador, en la sangre de Cristo, y me libera de mi pecado.

2. *¿Hay una segunda forma, más progresiva, que dice la misma verdad pero con otras palabras?* En el Nuevo Testamento se nos dice que sí, y podemos verla expresada sintéticamente de esta manera: “*la vida nueva en el Espíritu*”. Es un modo muy positivo para proclamar la buena noticia: “*la vida nueva por gracia misericordiosa de Dios*” que no sólo justifica al pecador arrepentido, sino que lo santifica en la plenitud de la luz y de la verdad del hombre.

La vida nueva en el Espíritu significa que el hombre es capaz de amar totalmente, de vivir las bienaventuranzas y los frutos del Espíritu: justicia, alegría, paz, bondad, paciencia, benevolencia. Es capaz de vivir en la plena

realización de su humanidad. Se trata de la salvación completa para el hombre, por la gracia del Espíritu Santo que viene de Cristo crucificado. Es, pues, otra forma del kerygma, que dice todo lo positivo de la experiencia cristiana. Esta forma muestra al cristianismo como correspondencia a las necesidades más profundas de la persona y de la humanidad: necesidad de amor, de comunicación, de verdad, de justicia-equidad, de luz, de expansión.

Esta segunda forma del kerygma supone evidentemente que ya se haya obtenido el perdón de los pecados, que se haya vencido al hombre viejo en la gracia del bautismo o en ese segundo bautismo -segunda tabla de salvación- que es la penitencia-reconciliación, y que haya florecido toda la riqueza del hombre evangélico. Es decir, que se haya dado en el corazón del hombre un verdadero crecimiento y desarrollo de la vida de fe. El Nuevo Testamento, a partir de la carta a los Romanos (c. 8: nueva creación, nueva creatura, hombre nuevo), tiene descripciones maravillosas de la nueva humanidad que brota de la “*vida nueva*” que proviene del Espíritu Santo.

Una predicación y una catequesis que no reflejen esta verdad nuclear suenan vacías y falsas.

3. *Una tercera forma* del kerygma la encontramos en el cuarto evangelio y es propia y específica de San Juan. Juan coloca en el centro de su proclamación algo que es difícil de explicar con palabras. Las palabras son todas imperfectas y cada una tendría que ser explicada ampliamente. Se podría resumir en esta fórmula: “*Jesús con el Padre. El hombre está llamado a ser una sola cosa, en Cristo, con el Padre, y por la acción del Espíritu Santo*”. Aquí tenemos la revelación trinitaria: el hombre está destinado a ser una sola cosa con el Hijo, para estar con el Hijo en el Padre por la acción del Espíritu. El mismo evangelio se expresa aquí de la manera más desconcertante y más sublime.

Una predicación y una catequesis que no reflejen esta verdad nuclear suenan vacías y falsas.

Consecuencias teológico-pastorales

De lo dicho se siguen algunas consecuencias teológico-pastorales de gran importancia para una espiritualidad evangelizadora y misionera que debe caracterizar el compromiso de fe del cristiano y el ejercicio ministerial del pastor.

He tratado de describir las tres formas del único kerygma hablando en singular: “*Jesús murió por mis pecados*” (primera forma), “*para mí es posible la vida nueva en el Espíritu*” (segunda forma) y “*estoy llamado a participar de la vida trinitaria*” (tercera forma). Pero también se pueden formular en plural en referencia a la comunidad como tal, entendida como Iglesia en comunión de fe, de gracia y de amor.

A partir de lo dicho señalaré sintéticamente los tres modos principales para poner en práctica este estilo kerygmático de ser cristiano y de comprometerse en toda acción misionera y evangelizadora.

Primer modo: "Dios reconcilió con él al mundo en Cristo" (2 Cor 5, 18). El pecado del mundo fue perdonado y asumido en la cruz de Cristo; el mundo queda reconciliado con el Padre; el Padre ofrece la reconciliación a la humanidad.

Segundo modo: la “vida nueva” en el Espíritu es la vida de la Iglesia. La Iglesia es la nueva humanidad, capaz de regenerar las relaciones entre las personas: caridad, comunión, comunicación (Cf. Hch 2; 4). Como modelo de humanidad, la Iglesia es, según la expresión del Vaticano II, “*sacramento o signo de la unidad del género humano*” (LG 1). Muestra, pues, al mundo la esperanza que se le da de no ser un lugar de genocidios, de guerras, de rivalidades, de injusticias, de crímenes, etc., sino un espacio y un signo de plena convivencia y de comunión fraternal para toda la humanidad.

Tercer modo, expresado por el mismo Jesús: “nosotros, una sola cosa con Cristo en el Padre; nosotros, un solo cuerpo. Y no sólo cuerpo histórico o visible, sino también cuerpo eterno, desde ahora, con Cristo en el Padre”. Nosotros los cristianos, aunque peregrinos en la historia, “*en esperanza ya somos eternidad, paraíso iniciado*”, y no dejaremos de ser lo que somos. Nada, ni siquiera la muerte, interrumpirá nuestra comunicación con el Padre y esta comunicación continuará siempre. La Iglesia es, pues, desde ahora la anticipación del conocimiento perfecto de Dios.

Una predicación y una catequesis que no reflejen estas tres verdades nucleares suenan vacías y falsas.

Estilo y actitudes evangelizadoras

El kerygma o el evangelio, tal como lo hemos explicado, es fuente de

preguntas sobre toda nuestra existencia cristiana, preguntas que se reducen a una fundamental: *¿Qué tiene que ver esto con mi vivencia del evangelio y con mi compromiso para la transmisión de la fe?* El interrogante se puede extender a todos los aspectos de nuestra vida, de nuestro apostolado y de la acción pastoral misionera e, incluso, de nuestro modo de ser Iglesia.

Simplemente se trata de una aplicación de lo central del evangelio y del primado del kerygma. Si el kerygma evangélico es verdaderamente la realidad primaria y nuclear de la fe cristiana, es necesario que el modo de ser y el estilo de nuestra vida, el modo de ser y el estilo de la Iglesia, se constituyan en un claro reflejo del mismo.

Los sacerdotes y diáconos -y me refiero en primer lugar a mí mismo- después de una predicación, de una homilía o de una catequesis o de cualquier otra acción pastoral, deberíamos preguntarnos siempre lo siguiente: *¿con mis palabras qué dije del evangelio y cómo transmití la fe? ¿Di, quizás, solamente avisos, consejos muy buenos o informaciones, o instrucciones o amonestaciones? ¿Hubo por lo menos una brizna o una pizca de buena noticia evangélica? ¿Transmití o ayudé a crecer en la fe con lo que dije?*

A fin de evitar caer en este peligro y superar estos riesgos, es absolutamente necesario no olvidar nunca que la evangelización es una *“función”* de la Iglesia, mientras que el evangelio *“es el núcleo fundamental y constitutivo de la manifestación de Dios a mí mismo y a todos los hombres en Cristo”*. Por lo tanto, no puede haber una auténtica función evangelizadora si se la vacía de su núcleo fundamental.

Evangelii nuntiandi

“Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. Pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, necesita saber proclamar "las grandezas de Dios" (Hech. 2, 11; 1 Pedr.2, 9)), que la han convertido al Señor, y ser nuevamente convocada y reunida por El. En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio... El Concilio Vaticano II ha recordado (Cf. Ad gentes 5, 11-12), y el Sínodo de 1974 ha vuelto a tocar insistentemente este tema de

la Iglesia que se evangeliza a través de una conversión y una renovación constante, para evangelizar al mundo de manera creíble” (n. 15).

Por su parte, la Exhortación apostólica “*Verbum domini*” en referencia a la Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia afirma: “Su Palabra no sólo nos concierne como *destinatarios* de la revelación divina, sino también como *sus anunciadores*” (n. 91).

(San Agustín explica varias veces que, cuando en la oración se llega a contemplar algo del kerygma, es decir, a sentir la alegría profunda de nuestra unidad *con* el Padre en Jesús, ya se degusta la plenitud celestial. En las *Confesiones*, por ejemplo, en el libro IX, Cap. 10, habla de su éxtasis que vivió junto con su madre Mónica: poco a poco, hablando, llegaron siempre *más allá* e intuyeron qué quiere decir la unidad con Dios; tomando una gota de la que es la conversación celestial, experimentaron el comienzo de la plenitud).

Actualización personal del kerygma: vivir y dar testimonio de “mi evangelio” en el sentido paulino

En el contexto de mi situación personal, surge una pregunta inevitablemente cuestionadora: *¿cuál es mi evangelio?* Aquí y ahora, *¿qué es lo que expresa la alegría que Dios me da o que yo espero de él en vistas a la proclamación o al anuncio del misterio revelado en Cristo?*

En este punto estamos llamados a hacer realidad y a imitar en nuestras vidas el ejemplo de San Pablo, tal como lo señala en 2 Tm 2, 8: “*Acuérdate de Jesucristo, que resucitó de entre los muertos y es descendiente de David, según mi evangelio*” (*katá to evagélion mou*).

Según esta perspectiva paulina es innegable que cada uno de nosotros -cristianos y pastores- deberíamos estar situados siempre frente a “*un evangelio*”. Pero si cada uno no asume “*para sí*” o yo no asumo “*para mí*” una forma concreta de evangelio, mi vida no quedará de ninguna manera iluminada y tampoco quedará unificada o fortalecida. Por ejemplo, si las incomprendiones que tengo con los demás o con mis hermanos sacerdotes, con mi obispo o en el ejercicio de mi ministerio pastoral me amargan y bloquean mi vida sacerdotal, inevitablemente estarán bloqueando también la posibilidad de transformar mi vida o la de los demás a la luz de la “*vida nueva en Cristo*”.

Por eso, así como la Iglesia necesita evangelizarse en forma permanente, también cada uno de nosotros necesita ser alimentado continuamente por el evangelio. Escuchar la Palabra de Dios como buena noticia “*para mí aquí y ahora*”. La apertura fundamental y existencial a Dios conduce inevitablemente a la certeza de que en cualquier circunstancia de la experiencia humana siempre hay un “*evangelio para mí*”. Hasta en la cárcel y estando encadenado, dice San Pablo, está vivo y presente el evangelio (Cf 2 Tim 2, 9).

La mayor parte de las veces es en medio de las situaciones más difíciles en donde se originan los más hermosos testimonios del evangelio de Dios como salvación para el hombre pecador. Jesús mismo nos dijo que había venido no para los justos sino para los pecadores. Y quien no se sienta pecador ni necesitado de salvación, difícilmente podrá experimentar la misericordia de Dios. El evangelio, en efecto, es para los pobres, para los que sienten que ya no pueden más y para los que no tienen ya seguridades en este mundo.

Conclusión

Benedicto XVI en “Porta fidei” señala: “La puerta de la fe» (cf. Hch 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. *Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma.* Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida” (n. 1).

Lo dicho hasta aquí presupone que estas reflexiones sobre la relación entre kerigma y evangelio para la transmisión de la fe cristiana deben ser integradas en un definido marco eclesiológico. El Concilio Vaticano II, cuyo quincuagésimo aniversario estamos celebrando, sobre todo en las cuatro grandes Constituciones, nos ofrece para ello un horizonte extraordinario e inagotable.

Bahía Blanca, 12 de Marzo de 2013.